

EDITORIAL

El venerable nombre de maestro es título que no concede, ni puede otorgar, administrativamente la Universidad, sino la democrática asamblea de los alumnos discípulos, quienes congregados en el aula de la conversación íntima y distendida, coinciden en afirmar que uno de sus profesores aúna los conocimientos teóricos y prácticos, con la calidad humana en el trato y con el respeto por las personas.

Y ese es el título que el Dr. Antonino González Blanco, riojano de cuna, recientemente nombrado miembro de la Real Academia Alfonso X el Sabio, merece.

Hace ya muchos años que apareció por las tierras de Murcia, por el azar o la providencia, para rescatarnos de las sirtes de nuestra insondable ignorancia, de los cenajos del miedo y de los páramos de la esterilidad mental, ofreciéndonos como únicas herramientas la capacidad de sufrimiento, la fuerza de voluntad y la generosidad en los empeños intelectuales emprendidos. Él nos ofreció perspectivas nunca imaginadas para abordar los problemas de la historia y nos enseñó a levantarnos, mediante el trabajo asiduo, disciplinado, por encima de nuestras penurias, frente a las adversidades y más allá de las limitaciones. La Universidad puede mostrarnos, sí, las ventanas abiertas para explorar; pero sólo los maestros enseñan a los discípulos a empezar a volar sin complejos ni temores.

Tales alabanzas que le ensalzan no silencian u ocultan las tenues sombras; pero se imponen la luz y la honestidad en su trato con los alumnos. Al margen quedan las entrañables reprimendas recibidas cuando caíamos en la tentación de la indiferencia, de la desidia balbuciente o de la ignorancia cultivada con perseverante celo. Años de abandono, caminos erráticos y resistencia antropológica a los cambios, le obligaban a triturar nuestras numantinas defensas. Si no hubiera sido por su labor docente y científica, hoy, muy probablemente, apenas sabríamos deletrear un texto. Pero él nos enseñó a leer, analizar, interpretar, deducir, ... pensar y amar la sabiduría en su justa medida, como una dimensión más de la trascendencia del ser humano.

Antonino González Blanco ha sido, y es, siempre generoso en sus aportaciones. Ofrece cien oportunidades para colaborar en conferencias, publicar en revistas, asistir a congresos, realizar viajes..., a veces financiados con sus propios recursos

económicos. Por otra parte, nunca plagió trabajos de sus alumnos ni abusó de la confianza que ellos le mostraban. Tampoco silenció las pequeñas, modestas e incipientes labores de los que somos sus discípulos, que es vicio creciente en los profesionales de la docencia, motivado en ocasiones por el miedo y otras por la envidia, cuando no por la estulticia suicida.

En resumen: nos vio y trató como personas. Y tal actitud, en este siglo de miseria, en esta España que tremola, es un mérito añadido nada desdeñable.

Alguna vez comentó que éramos «apóstoles del conocimiento», con toda la responsabilidad que tal circunstancia demanda y con el compromiso inherente ante la comunidad científica, pero también ante la ciudadanía, que significa.

La antropología de la región de Murcia quedará en adelante muy revalorizada, tras el paso y los caminos marcados por Antonino González Blanco. La organización de varios congresos de antropología en nuestra comunidad autónoma, con exiguos recursos pero pletórico de entusiasmo, la creación de los seminarios de antropología, con las aportaciones de todos los asistentes, de cursos de postgrado, y la creación de nuestra propia revista, avalan su trayectoria en este campo del saber.

Por todas estas breves razones, la Revista Murciana de Antropología, fundada, creada y sostenida por el propio Antonino González Blanco, le dedica este modesto homenaje, en un número muy especial. Al entrañable «Kaiser» van dirigidas estas páginas. Unos, sus amigos personales, otros sus colaboradores permanentes o esporádicos, aquéllos de su «vieja guardia pretoriana», éstos mercenarios y aventureros, colegas, catedráticos,... todos, en definitiva, se suman gozosos a la laudatio que aquí ofrecemos, por habernos liberado de los almarjales de la ignorancia.

Los Editores